



Seix Barral



Carson McCullers

Reloj sin manecillas

Prólogo de Jesús Carrasco





Seix Barral Biblioteca Formentor

Carson McCullers

Reloj sin manecillas

Prólogo de Jesús Carrasco

Traducción del inglés por
Vida Ozores

Título original: *Clock without Hands*

© The Estate of Carson McCullers and Columbus State University's Carson McCullers Center for Writers and Musicians, 1961

© por la traducción, Vida Ozores, 1962

© por el prólogo, Jesús Carrasco, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-322-2986-2

Depósito legal: B. 4.060-2017

Composición: Átona – Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La muerte es siempre la misma, pero cada hombre muere a su manera. Para J. T. Malone empezó de un modo tan sencillo y vulgar que hubo un momento en que incluso tomó el fin de la vida por el comienzo de una nueva estación. El invierno que cumplió los cuarenta fue excepcionalmente duro para el pueblecito sureño: los días eran fríos y de un color pastel; y las noches, radiantes. La primavera llegó violentamente a mediados de marzo de aquel año 1953, y Malone se sentía perezoso y fatigado en aquellos días de viento y de las primeras flores. Era farmacéutico y, diagnosticando fiebre de primavera, se recetó a sí mismo un tónico de hígado y hierro. Aunque se cansaba fácilmente, seguía su rutina habitual: iba a pie a su trabajo; su farmacia era de los primeros establecimientos que se abrían en la calle mayor y no cerraba hasta las seis. Comía en un restaurante en el centro de la ciudad y cenaba en casa con su familia. Pero tenía un apetito caprichoso y perdía peso continuamente. Cuando cambió su traje de invierno por uno más ligero de entretiempo, los pantalones le caían en pliegues alrededor de su figura alta y mermada. Las sienes se le ha-

bían hundido de tal modo que el pulso de sus venas era claramente visible cuando masticaba o tragaba y la nuez se le movía con violencia en el delgado cuello. Pero Malone no veía motivo alguno para alarmarse: su fiebre de primavera era desusadamente fuerte y añadió al tónico la anticuada fórmula de melaza y azúcar, pues a fin de cuentas los viejos remedios eran los mejores. Tal reflexión debió de consolarle, ya que se encontró un poco mejor y empezó a dedicarse a su huerta de todos los veranos. Unos días después, mientras componía una receta, notó que se tambaleaba y cayó desmayado. Luego del incidente fue a ver al médico y se hizo unos análisis en el hospital municipal. Todavía no estaba muy preocupado; padecía de fiebre primaveral con la debilidad consiguiente, y en un día caluroso se había desmayado: un hecho corriente, incluso natural. Malone no había pensado nunca en su propia muerte más que como en algo que debía suceder en un futuro lejano, o en los términos de un seguro de vida. Era un hombre común y sencillo y su propia muerte era algo ajeno para él.

El doctor Kenneth Hayden era un buen cliente y amigo, que tenía la consulta encima de la farmacia, y el día previsto para el resultado de los análisis, Malone subió a las dos de la tarde. Cuando estuvo a solas con el médico, sintió sobre él una amenaza indefinida. El médico no le miraba de frente, de modo que le pareció que su rostro pálido y conocido no tenía ojos. Su voz, al saludarle, le resultó extrañamente ceremoniosa. Estaba sentado en silencio detrás de su escritorio y jugueteaba con un cortapapeles en el que tenía fija la mirada mientras se lo pasaba de una mano a otra. Aquel extraño silencio puso en guardia a Malone y, sin poder resistir más, balbuceó:

—Han llegado los análisis... ¿Estoy bien?

El médico evitó la mirada azul y ansiosa de Malone, y después sus ojos pasaron, intranquilos, a la ventana abierta, y quedaron fijos en ella.

—Lo hemos revisado todo cuidadosamente, y parece ser que hay algo raro en la composición sanguínea —dijo por fin el médico arrastrando las palabras con voz suave.

Una mosca zumbó en la aséptica y lúgubre habitación; se percibía el débil aroma a éter. Ahora, Malone estaba ya seguro de que pasaba algo serio e, incapaz de soportar el silencio y la voz poco natural del médico, empezó a hablar atropelladamente en contra de la verdad.

—Estaba seguro de que encontrarías algo de anemia. Ya sabes que en un tiempo estudié Medicina, y me preguntaba si mi recuento sanguíneo no estaría un poco bajo.

El doctor Hayden miraba el cortapapeles con el que jugueteaba sobre el escritorio. Le tembló el párpado derecho.

—En tal caso podemos discutirlo en términos médicos. —Bajó la voz y añadió precipitadamente—: El recuento de glóbulos rojos da solamente dos millones ciento cincuenta mil, de modo que estamos ante una anemia intercurrente. Pero eso no es lo más importante. Los glóbulos blancos han aumentado de un modo anormal... El recuento da doscientos ocho mil. —El médico hizo una pausa y se tocó el párpado que le temblaba—. Seguramente ya sabes lo que eso significa.

Malone no comprendía. El choque lo había aturdido y la habitación le pareció súbitamente fría. Sólo comprendió que algo extraño y terrible le estaba ocurriendo en aquella fría estancia que se bamboleaba ante sus ojos. Estaba hipnotizado por el cortapapeles, al que

seguían dando vueltas los cortos y regordetes dedos del médico. Se reavivó en él un recuerdo lejano y dormido y se dio cuenta de un hecho vergonzoso que había permanecido olvidado, y ahora resultaba vago. De modo que sufría una angustia doble: el temor y la tensión que producían las palabras del médico y la vergüenza misteriosa e indefinida. Las manos del médico eran blancas y peludas, y Malone no podía soportar aquel jugueteo con el cortaplumas, aunque se sentía impelido misteriosamente a fijar su atención en él.

—No me acuerdo bien —dijo indefenso—. Hace ya mucho tiempo y no terminé la carrera de Medicina.

El médico apartó el cortaplumas y le tendió un termómetro.

—¿Quieres ponerte esto debajo de la lengua...? —Echó una mirada a su reloj y se acercó a la ventana, donde permaneció mirando hacia fuera con las manos a la espalda y los pies muy separados.

—El análisis revela un aumento patológico de los glóbulos blancos y una anemia intercurrente. Existe una preponderancia de leucocitos de tipo juvenil. En resumen... —El médico hizo una pausa, volvió a cogerse las manos y durante un momento se mantuvo de puntillas—. Sin rodeos, la cuestión es que nos encontramos con un caso de leucemia. —Se volvió de repente, le sacó el termómetro y lo miró rápidamente.

Malone permaneció sentado, tenso y a la expectativa; una de sus piernas se enroscaba alrededor de la otra y la nuez se le agitaba en el frágil cuello.

—Yo me notaba con algo de fiebre, pero me empeñaba en pensar que sólo era fiebre de primavera —dijo.

—Me gustaría reconocerte. ¿Quieres quitarte la ropa y tenderte un momento en la mesa...?

Malone se tendió sobre la mesa, flaco y pálido en su desnudez: se sintió avergonzado.

—El bazo ha aumentado mucho. ¿Has sentido alguna molestia de bultos o inflamaciones?

—No —dijo—. Estoy tratando de recordar lo que sé sobre la leucemia. Recuerdo una niñita de la que se hablaba en los periódicos; sus padres celebraron las Navidades en septiembre porque se esperaba que muriese pronto.

Malone clavó desesperadamente la mirada en una grieta del techo de yeso. En una oficina contigua se oyó llorar a un niño, y la voz medio ahogada de terror y protesta no parecía venir desde una cierta distancia sino formar parte de su propia agonía cuando preguntó:

—¿Moriré de esta... leucemia?

La respuesta era bien clara para Malone aunque el médico no habló. En la habitación contigua el niño dio un chillido largo y espeluznante, que duró todo un minuto. Cuando concluyó el examen, Malone permaneció, tembloroso, sentado en el borde de la mesa; le repugnaba su propia debilidad y angustia. Sus pies delgados, con los juanetes, le resultaban especialmente repulsivos y lo primero que se puso fueron los calcetines grises. El médico se lavaba las manos en el lavabo del rincón y, por alguna razón, aquello ofendió a Malone. Se vistió y volvió a la silla junto al escritorio. Sentado allí, pasándose la mano por el escaso y áspero cabello, con el labio superior cuidadosamente apoyado sobre el tembloroso labio inferior, los ojos febriles y aterrados, Malone ya tenía el aspecto sumiso y apagado de un enfermo incurable.

El médico reanudó su jugueteo con el cortapapeles, y una vez más Malone se sintió fascinado e inexplicablemente angustiado. Los movimientos de la mano y el

cortaplumas formaban parte de la enfermedad y de alguna pasada vergüenza, misteriosa y recordada a medias. Tragó saliva y se tranquilizó para poder decir con voz firme:

—Bueno, y ¿cuánto tiempo me das, doctor?

Por primera vez la mirada del médico se encontró con la suya y le contempló fijamente durante unos momentos. Después sus ojos se volvieron a la fotografía de su mujer y sus dos hijitos, que tenía frente a él, sobre el escritorio.

—Los dos somos padres de familia y si yo estuviera en tu lugar querría saber la verdad. Pondría todas mis cosas en orden.

Malone apenas podía hablar, pero cuando acudieron las palabras sonaron estridentes:

—¿Cuánto tiempo?

El zumbido de una mosca y el ruido del tráfico de la calle parecían acentuar el silencio y la tensión de la lúgubre estancia.

—Creo que podemos contar con un año o quince meses... Es difícil calcularlo con exactitud.

Las blancas manos del médico, cubiertas de largos pelos negros, jugueteaban incesantemente con el abre-cartas de marfil, y aunque a Malone le resultaba terrible seguirlo, no podía apartar de allí su atención. Empezó a hablar precipitadamente:

—Es extraño. Hasta este invierno siempre tuve un seguro de vida sencillo y sin complicaciones. Pero este invierno lo transformé en un tipo de póliza que te proporciona un retiro... Habrás visto los anuncios en las revistas. Empiezas a cobrar a los sesenta y cinco, y durante el resto de tu vida, doscientos dólares por mes. Resulta divertido pensar en eso ahora. —Tras una risa aho-

gada añadió—: La compañía tendrá que volver a convertirlo en lo que era: un sencillo seguro de vida. La Metropolitan es una buena compañía y yo he tenido seguro de vida casi veinte años... Lo abandoné un poco durante la Depresión pero lo repuse en cuanto pude. En los anuncios del plan de retiro siempre se veía una pareja de edad madura en un clima soleado..., quizá Florida o California. Pero mi esposa y yo teníamos una idea diferente. Habíamos pensado en un lugar pequeño en Vermont o Maine. Después de vivir tan al sur durante toda la vida, uno se cansa bastante de tanto sol y resplandor...

De pronto, el borboteo de palabras cesó, y Malone, indefenso ante su destino, se echó a llorar. Se cubrió el rostro con sus grandes manos manchadas de ácidos, mientras luchaba por controlar su entrecortada respiración.

El médico parecía buscar ánimos en la fotografía de su esposa, y acarició suavemente la rodilla de Malone.

—Nada es imposible en estos tiempos. Cada mes la ciencia descubre un arma nueva contra las enfermedades. Quizá encuentre pronto un nuevo modo de controlar las células enfermas. Y, entretanto, se hará todo lo que se pueda para prolongar tu vida y para que lo pases lo mejor posible. Esta enfermedad tiene una cosa buena—si es que se puede llamar bueno a algo en esta situación—, y es que no produce muchos dolores. Y lo intentaremos todo. Me gustaría que ingresaras en el hospital municipal cuanto antes; te haremos unas transfusiones y examinaremos las radiografías. Puede ser que te encuentres mucho mejor.

Malone ya se había rehecho y se pasaba el pañuelo por la cara. Después echó aliento sobre sus gafas, las limpió y se las volvió a poner.

—Perdóname, creo que estoy débil y un poco desquiciado. Puedo ir al hospital cuando quieras.

A la mañana siguiente, temprano, Malone ingresó en el hospital y permaneció allí tres días. La primera noche se le dio un sedante y soñó con las manos del doctor Hayden y con el cortapapeles con que había jugado el médico sobre su escritorio. Cuando despertó se acordó de la vergüenza dormida que le había preocupado el día antes y recordó el origen de aquella tenebrosa angustia que había sentido en el gabinete del médico. Además, por primera vez se dio cuenta de que el doctor Hayden era judío. Surgió el recuerdo, y era tan doloroso, que se impuso la necesidad de olvidarle. Se trataba de aquella vez que le suspendieron en la Facultad de Medicina el segundo año. Era una facultad del Norte y había en su curso muchos judíos empollones que subían de tal modo el nivel de las notas que un estudiante corriente, normal, no tenía una oportunidad justa. Aquellos empollones judíos fueron quienes obligaron a J. T. Malone a dejar la Facultad de Medicina, dando así al traste con su carrera de médico..., de modo que tuvo que pasarse a Farmacia. Al otro lado del pasillo se sentaba un judío llamado Levy, que jugueteaba con una navaja de afilada hoja y le distraía impidiéndole aprovechar las explicaciones de las clases. Un judío empollón que siempre sacaba matrículas de honor y estudiaba todas las noches en la biblioteca hasta la hora de cerrar. Y Malone tenía la impresión de que también le temblaba el párpado de vez en cuando. El hecho de darse cuenta de que el doctor Hayden era judío le pareció de tal importancia, que se preguntaba cómo lo pudo ignorar durante tanto tiempo. Hayden era un buen cliente y un amigo... Habían trabajado en el mismo edificio muchos

años y se veían diariamente. ¿Por qué no lo había advertido? Quizá porque el nombre de pila le había desorientado: Kenneth Hale. Malone se dijo que no tenía prejuicios, pero cuando los judíos usaban aquellos viejos nombres anglosajones y sureños le parecía que no estaba bien del todo. Recordó que los niños de Hayden tenían la nariz ganchuda y que había visto además un sábado a la familia en las escaleras de la sinagoga. Cuando el doctor Hayden pasaba visita, Malone le observaba con temor..., aunque durante años había sido cliente y amigo suyo. No se trataba tanto del hecho de que Kenneth Hale Hayden fuera judío, como de que él y los de su profesión vivían y seguirían viviendo gracias a que J. T. Malone tenía una enfermedad incurable y moriría dentro de un año o quince meses. Malone lloraba a veces cuando estaba solo. También dormía mucho y leía un sinnúmero de historietas policíacas. Cuando le dieron la salida, el bazo había disminuido, aunque los glóbulos blancos apenas cambiaron. Era incapaz de pensar en los próximos meses e imaginar la muerte.

Desde aquel momento se sintió envuelto en una capa de soledad, aunque su vida cotidiana no se alteró mucho. No informó a su mujer de su dolencia por temor a que la tragedia hiciera surgir otra vez intimidad. En el matrimonio la pasión había cedido desde hacía mucho tiempo ante las preocupaciones paternas. Aquel año, Ellen estaba en el tercer curso de la escuela superior y Tommy tenía ocho años. Martha Malone era una mujer enérgica, cuyo cabello empezaba a volverse gris, una buena madre que además contribuía a los ingresos de la familia. Durante la Depresión había hecho dulces por encargo, lo cual en aquel tiempo le había parecido justo y acertado. Continuó el negocio de los dulces después

de que la farmacia salió de deudas, e incluso proveía a algunas farmacias de bocadillos cuidadosamente envueltos y con su nombre impreso en la faja de papel. Sacaba buenas ganancias y proporcionó muchas ventajas a sus hijos..., incluso se compró algunas acciones de Coca-Cola. Malone consideró que esto era ir demasiado lejos; temía que se dijera que no era un buen padre de familia y su orgullo se resintió. En una cosa puso los puntos sobre las íes: no hacía repartos a domicilio y prohibió a sus hijos y a su mujer que los hicieran. La señora Malone conducía hasta la casa del cliente y la criada —los criados de los Malone siempre eran demasiado jóvenes o demasiado viejos y cobraban menos de los sueldos vigentes— salía precipitadamente del automóvil cargada con los dulces y bocadillos. Malone no podía comprender el cambio que se había operado en su mujer. Se había casado con una chica vestida de organdí y que una vez se desmayó al pasar un ratón por encima de su zapato, y misteriosamente se había convertido en un ama de casa de cabellos grises, con negocio propio y que incluso había conseguido unas cuantas acciones de Coca-Cola. Ahora él vivía, extrañamente, en un vacío, rodeado de los problemas familiares: los comentarios sobre los bailes del instituto, el recital de violín de Tommy y la tarta de boda con siete pisos. Las actividades cotidianas revoloteaban a su alrededor como las hojas muertas forman círculos en el centro de un torbellino, cosa curiosa, sin rozarle.

A pesar de lo débil que estaba por la enfermedad, Malone se sentía inquieto. Con frecuencia deambulaba sin rumbo por las calles de la ciudad..., por los barrios bajos, pobretones y abarrotados, que rodeaban la fábrica de algodón, o por los sectores de los negros, o por las

calles de la clase media, de casas rodeadas de cuidados jardines. Durante aquellos paseos su mirada aturdida era la de una persona distraída que busca algo pero que ya ha olvidado lo que ha perdido. A menudo, y sin razón alguna, extendía la mano y tocaba un objeto cualquiera; se desviaba de su camino para tocar un farol o para poner las manos sobre una pared de ladrillo. Después se quedaba parado, abstraído y atónito. O bien examinaba con morbosa atención un olmo de verdes hojas, mientras arañaba un cascajo de corteza cenicienta. El farol, la pared, el árbol, existirían después de su muerte, y aquella idea se le antojaba repugnante. La confusión iba más lejos: era incapaz de reconocer la realidad de una muerte próxima, y el conflicto le llevaba a una sensación de omnipresente irrealidad. Algunas veces, y de un modo vago, Malone sentía que andaba a trompicones por un mundo de incongruencias en el que no existía orden ni se concebía un patrón determinado.

Malone buscó consuelo en la Iglesia. Cuando le atormentaba la irrealidad de la vida y de la muerte, le ayudaba saber que la Primera Iglesia Baptista era algo muy real. Era la iglesia más grande de la ciudad, ocupaba la mitad de una manzana cerca de la calle mayor, y la propiedad se valoraba, aproximadamente, en unos dos millones de dólares. Una Iglesia como aquélla tenía que poseer la verdad. Los pilares de la Iglesia eran hombres de peso y ciudadanos destacados. Butch Henderson, el corredor de fincas, y uno de los comerciantes más astutos de la ciudad, era uno de sus diáconos y no se perdía un oficio en todo el año... ¿Y acaso era Butch Henderson hombre como para perder su tiempo y molestarse en algo que no fuera tan palpable como la misma tierra? Los demás diáconos eran del mismo calibre: el presi-

dente de la fábrica de fibras de nailon, un dirigente de ferrocarriles, el dueño de uno de los almacenes principales... todos eran personas respetables y sagaces hombres de negocios, cuyo buen juicio no admitía duda. Y ellos creían en la Iglesia y en el más allá. Incluso T. C. Wedwell, uno de los fundadores de la Coca-Cola, multimillonario, había dejado a la iglesia 500.000 dólares para la edificación del ala derecha. T. C. Wedwell tuvo el poder visionario de poner su fe en la Coca-Cola y creía en la Iglesia y en el más allá con la firmeza de medio millón de dólares. Él, que nunca había hecho una mala inversión, invirtió así en la eternidad. Y por último, Fox Clane era uno de sus miembros. El viejo juez y antiguo miembro del Congreso —una gloria del Estado y del Sur— iba allí con frecuencia cuando estaba en la ciudad. Se sonaba, emocionado, cuando tocaban alguno de sus himnos favoritos. Fox Clane era hombre de iglesia y creyente, y Malone estaba dispuesto a seguir al viejo juez en esto como le había seguido en su política. De modo que Malone iba fielmente a la iglesia.

Un domingo, a principios de abril, el doctor Watson pronunció un sermón que emocionó profundamente a Malone. Era un predicador sencillo y con frecuencia recurría a comparaciones con el mundo de los deportes y de los negocios. El sermón de aquel domingo trataba de la salvación que constituía el arma de fuego que apuntaba a la muerte. Su voz resonaba en la iglesia abovedada y la cálida luz bañaba a la congregación a través de las vidrieras de colores. Malone se mantenía erguido en su asiento y escuchaba, esperando que de un momento a otro se hiciera una alusión a él. Pero a pesar de que el sermón fue largo, la muerte continuaba siendo un misterio, y al salir de la iglesia se sintió, tras el primer entu-

siasmo, un poco defraudado. ¿Cómo se podía apuntar a la muerte? Era como apuntar al cielo. Malone contempló el límpido cielo azul hasta sentir un dolor en el cuello. Después se dirigió apresuradamente a su farmacia.

Aquel día, Malone tuvo un encuentro que le trastornó de un modo extraño, aunque el hecho era aparentemente insignificante. El sector comercial estaba desierto, pero oyó unas pisadas tras él, que cuando volvió una esquina continuaban siguiéndole. Al tomar por una callejuela sin pavimentar, ya no se oían los pasos, pero persistía la sensación desagradable de que le seguían y vio de refilón una sombra proyectada en la pared. Se volvió tan rápidamente que chocó con su perseguidor. Era un chico de color que Malone conocía de vista y con quien tenía la impresión de tropezarse continuamente en sus paseos. O acaso se fijaba en el chico a causa de su aspecto llamativo. Era de mediana estatura, cuerpo musculoso y rostro huraño o totalmente inexpresivo. A no ser por los ojos se parecería a cualquier otro chico de color. Pero sus ojos eran de un azul grisáceo y en aquella faz oscura la mirada resultaba fría y violenta. Una vez vistos aquellos ojos, el resto del cuerpo parecía también extraño y desproporcionado. Los brazos eran demasiado largos, el pecho demasiado ancho, y la expresión alternaba una sensibilidad emotiva con una deliberada hosquedad. Le causó tal impresión que no pensó en él como en un inofensivo chico de color... su mente usó automáticamente la dura expresión de «puñetero negro», aunque el chico le resultaba desconocido y, generalmente, él era tolerante a ese respecto. Cuando Malone se volvió y chocaron, el negro se irguió pero no se movió, y fue Malone quien retrocedió un paso. Permanecieron allí, en aquella estrecha callejuela,

mirándose fijamente uno a otro. Los ojos de ambos tenían el mismo color azul gris, y al principio (en los primeros momentos) semejaba una competición para ver quién resistía más sin pestañear. Los ojos que le miraban desde aquel rostro oscuro eran fríos y resplandecientes... Después le pareció que el resplandor se apagaba y que la mirada se transformaba en otra de misteriosa comprensión. Tuvo la sensación de que aquellos ojos sabían que moriría pronto. La emoción fue tan efímera y sorprendente que un escalofrío le recorrió de arriba abajo y dio media vuelta. La mirada no había durado más de medio minuto y no había tenido aparentemente consecuencia alguna..., pero Malone sintió que algo terrible había sucedido de pronto. Sus pasos vacilaban al recorrer el resto de la callejuela y se sintió aliviado al salir de ella y entrar en su farmacia, segura, conocida y familiar.

Muchos domingos, el viejo juez se dejaba caer por la farmacia para tomar algo antes de comer. Malone se alegró de verle allí ya, dirigiéndose a un grupo de hombres que estaban de pie ante el mostrador. Malone saludó distraídamente a sus clientes pero no se detuvo. Los ventiladores eléctricos colocados en el techo mezclaban los diversos olores del establecimiento: olores dulces de las bebidas no alcohólicas con aromas amargos de la rebotica.

—Estaré contigo dentro de un minuto, J. T. —le dijo el viejo juez, interrumpiéndose, cuando Malone pasó hacia la trastienda. Era un hombre enorme, de rostro encendido y nimbado por una aureola de cabello amarillento y encrespado. Llevaba un arrugado traje blanco de hilo, una camisa malva y una corbata adornada con un alfiler de perla y manchada de café. Su

mano izquierda había sufrido una parálisis, y la apoyaba cuidadosamente en el borde del mostrador. Aquella mano estaba limpia y un poco regordeta porque no la manejaba, mientras que la otra, con la que gesticulaba continuamente al hablar, tenía las uñas sucias y lucía un zafiro en el dedo anular. Llevaba un bastón de ébano con puño de plata. El Juez terminó su arenga contra el gobierno federal y se unió a Malone en la rebotica.

Era una habitación muy pequeña, separada del resto de la tienda por una pared con frascos medicinales. Había espacio suficiente para una mecedora y una mesita donde se componían las recetas. Malone había sacado una botella de whisky y acercó del rincón una silla plegable, que abrió. El cuerpo del juez parecía llenar la estancia, hasta que se acomodó en la mecedora. El olor a sudor de su enorme cuerpo se mezcló con el del aceite de hígado de bacalao y el de un desinfectante. El whisky salpicó ligeramente al caer en el fondo de los vasos, cuando Malone los llenó.

—Ningún sonido es tan musical como el del whisky al caer en el primer vaso un domingo por la mañana. Ni Bach ni Schubert ni los otros grandes maestros que interpreta mi nieto... —Y el juez cantó—: «Oh, el whisky es la vida para un hombre... ¡Oh, whisky! ¡Oh, Johnny!»

Bebió despacio, haciendo una pausa tras cada trago para relamerse y tomar después un pequeño sorbito. Malone bebía tan deprisa que el alcohol parecía florecer en su barriga como una rosa.

—J. T., ¿te has parado a pensar alguna vez que el Sur está al borde de una guerra casi tan desastrosa como la de los estados? —Malone no lo había pensado, pero inclinó la cabeza hacia un lado y asintió gravemente, mientras el juez continuaba—: El viento de la revolución se

levanta para destruir hasta los mismos fundamentos sobre los que se construyó el Sur. Los privilegios en las elecciones pronto se abolirán y cualquier negro ignorante podrá votar. Después vendrá la igualdad de derechos en la educación. Imagínate un futuro en el que delicadas niñas blancas tengan que compartir sus pupitres con hombres negros como el betún si quieren aprender a leer y a escribir. Pueden llegar a imponernos una ley sobre los salarios mínimos, que constituirá un toque a muerte para el Sur. Imagínate que tuviera que pagar por horas a un rebaño de inútiles braceros. Los proyectos federales sobre la vivienda han sido ya la ruina de los verdaderos corredores de fincas. Lo llaman saneamiento de barrios bajos..., pero yo te pregunto: ¿quién ha creado esos barrios bajos? Las gentes que viven en esos barrios los crean ellos mismos con su falta de escrúpulos. Y fíjate en lo que te digo, esas mismas viviendas federales..., por muy modernas y del Norte que sean..., se transformarán en barrios bajos dentro de diez años.

Malone le escuchaba con la misma atención que había prestado al sermón en la iglesia. Su amistad con el juez era uno de sus grandes orgullos. Le conocía desde que había llegado a Milan e iba con frecuencia, en época de caza, a cazar a su propiedad. Pasó allí el fin de semana anterior a la muerte del único hijo del juez. Pero una intimidad especial había prosperado desde la enfermedad del juez... Entonces pareció, durante un tiempo, que la carrera política del viejo congresista había terminado. Malone visitaba al juez los domingos y le llevaba un manojo de verdura, de habas tiernas de su huerta o cierta clase de harina de maíz triturada en un molino de agua, que le gustaba al juez. Algunas veces jugaban al póquer, pero, habitualmente, el juez hablaba y Malone

le escuchaba. En todas aquellas ocasiones, Malone se sentía cerca del centro del poder..., casi como si él fuera también un congresista. Cuando el juez se restableció, iba casi todos los domingos a la farmacia y tomaban algo juntos en la rebotica. Si alguna vez Malone miró con un mínimo recelo las ideas del viejo juez, lo había apartado inmediatamente. Pues ¿quién era él para medirse con un congresista? Y si el viejo juez no tenía razón, ¿quién podía tenerla? Y ahora el viejo juez hablaba de presentar otra vez su candidatura al Congreso. Malone creía que la responsabilidad estaba en manos de quien correspondía, y estaba satisfecho.

Al segundo vaso el juez sacó su caja de cigarros y Malone encendió dos para ambos, a causa del defecto del juez. El humo ascendía en líneas verticales hasta el techo, bajo, y allí se esparcía. La puerta que daba a la calle estaba abierta y un rayo de sol penetraba por ella y daba al humo tonalidades iridiscentes.

—Tengo que pedirle algo muy grave —dijo Malone—. Quiero que redacte mi testamento.

—Siempre estoy a tu disposición, J. T. ¿Es algo fuera de lo corriente?

—Oh, no, lo de siempre..., pero quisiera que lo hiciera tan pronto como pueda. —Y añadió con voz apagada—: Los médicos dicen que no me queda mucho tiempo de vida.

El juez cesó de mecerse y dejó su vaso.

—¡Pero, qué demonios! ¿Qué es lo que te pasa, J. T.?

Malone habló de su enfermedad por primera vez, y las palabras, por alguna razón, le aliviaban.

—Parece ser que tengo una enfermedad de la sangre.

—¡Una enfermedad de *la sangre*! Pero, si eso es ridículo... Llevas la mejor sangre de este estado. Recuerdo

bien a tu padre, que tenía un almacén farmacéutico en la esquina de la calle Doce y Mulberry en Macon. Y a tu madre la recuerdo también... Era una Wheelright. Llevas la mejor sangre de este estado en las venas, J. T., y no debes olvidarlo nunca.

Malone sintió que un pequeño escalofrío de orgullo y de placer le recorría fugazmente.

—Los médicos...

—Oh, los médicos... Con todo el debido respeto a la profesión médica, rara vez me fío de lo que dicen. No permitas que te intimiden. Hace algunos años, cuando tuve aquel pequeño achaque, mi médico —el doctor Tatum de Flowering Branch— empezó con sus alarmas. Prohibido el alcohol, los puros, e incluso los cigarrillos. Parecía que lo mejor era ir aprendiendo a tocar el arpa o a manejar una pala de carbón. —La mano derecha del juez tocaba unas cuerdas imaginarias e hizo un gesto como si manejara una pala—. Pero le planté cara y seguí mis propios instintos. ¡El instinto! Eso es lo único que puede seguir un hombre. Y aquí me tienes todo lo sano y salvo que puede desear estar un hombre de mi edad. Y en cuanto al pobre doctor (resulta irónico), yo ayudé a llevar el palio en su entierro. La ironía consiste en que el doctor era un abstemio confirmado, que no fumaba nunca, aunque de vez en cuando disfrutaba mascando tabaco. Un gran chico y una gloria para la profesión médica, pero, como todos ellos, sus juicios resultaban alarmantes y no eran infalibles. No permitas que te intimiden.

Malone se sintió consolado, y al empezar un nuevo vaso comenzó a considerar la posibilidad de que Hayden y los otros médicos se hubieran equivocado en el diagnóstico.

—El análisis reveló leucemia y el recuento sanguíneo mostró un aumento enorme de leucocitos.

—¿Leucocitos? —preguntó el juez—. ¿Qué es eso?

—Glóbulos blancos.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—Pero están ahí.

El juez acariciaba el puño de plata de su bastón.

—Si fuera el hígado, o el corazón, o incluso los riñones, comprendería tu sobresalto. Pero un insignificante desarreglo como el tener demasiados leucocitos me parece un poco rebuscado. La verdad es que yo he vivido durante más de ochenta años sin tener jamás en cuenta si tengo esos leucocitos o no. —Los dedos del juez se curvaron en un gesto reflexivo y cuando volvió a enderezarlos miró a Malone con los ojos azules llenos de admiración—. De todas maneras, es un hecho que tienes un aspecto fatigado estos días. El hígado es magnífico para la sangre. Deberías comer hígado fresco de ternera y de vaca rehogado con salsa de cebolla. Además de ser delicioso, es un remedio natural. Y el sol es un depurativo de la sangre. Estoy seguro de que no tienes nada que una temporada de vida sana y un verano en Milan no pueda curar. —El juez levantó el vaso—. Y éste es el mejor reconstituyente... Estimula el apetito y relaja los nervios. J. T., lo único que te ocurre es que estás nervioso y asustado.

—Juez Clane...

Grown Boy había entrado en la habitación y se quedó esperando. Era sobrino de Verily, la mujer de color que trabajaba para el juez; un chico alto y grueso de dieciséis años que no estaba muy en su juicio. Llevaba un traje azul claro que le estaba pequeño y unos zapatos puntiagudos y estrechos que le obligaban a pisar

cuidadosamente como si fuera cojo. Estaba resfriado y, aunque lucía un pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta, se limpiaba los mocos con el dorso de la mano.

—Es domingo —dijo.

El juez se llevó la mano al bolsillo y le dio una moneda.

Grown Boy se alejó cojeando alegremente hacia el mostrador mientras decía:

—Muchas gracias, juez Clane.

El juez dirigía miradas furtivas y apenadas a Malone, pero cuando el farmacéutico se volvió hacia él, evitó sus ojos y empezó a acariciar otra vez el bastón.

—A cada hora, toda alma humana se acerca más a la muerte, pero ¿cuántas veces pensamos en ella? Permanecemos aquí sentados tomando nuestros whiskys y fumando nuestro cigarro y a cada hora nos acercamos a nuestro último término. Grown Boy come su helado sin haberse preguntado jamás nada. La muerte y yo hemos tenido una escaramuza y la escaramuza ha terminado por estancarse. Soy un enemigo herido por la muerte en el campo de batalla. En los últimos diecisiete años, desde la muerte de mi hijo, he esperado. «Oh, muerte, ¿dónde está pues tu victoria?» La victoria se produjo aquella tarde de Navidad en que mi hijo se quitó la vida.

—Pienso con frecuencia en él —dijo Malone—, y he sufrido por usted.

—¿Y por qué? ¿Por qué lo hizo? Un hijo tan guapo, que prometía tanto; no había cumplido los veinticinco años y era licenciado, galardonado, por la universidad. Ya era abogado y se abría ante él un espléndido porvenir. Con una esposa hermosa y un niño en camino. Tenía una posición acomodada, puede decirse que era

rico. Constituía toda mi fortuna. Como regalo de licenciatura le di Sereno, por el que pagué cuarenta mil dólares el año anterior, unas cuatrocientas hectáreas de tierras inmejorables para cultivar melocotoneros. Era el hijo de un hombre rico, mimado por la suerte, afortunado en todos los sentidos, en el umbral de una brillante carrera. El muchacho pudo haber llegado a presidente... Pudo haber sido lo que quisiera. ¿Por qué había de morir?

Malone dijo cautelosamente:

—Tal vez fue un ataque de melancolía.

—La noche en que nació, vi una asombrosa estrella fugaz. Era una noche radiante y la estrella describió un arco en aquel cielo de enero. Miss Missy pasó ocho horas con dolores y yo me arrastraba al pie de su cama, rezando y llorando. Entonces, el doctor Tatum me cogió por el cuello, me empujó hasta la puerta y me dijo: «Sal de aquí, viejo desatinado y turbulento; emborráchate en la despensa o sal al jardín.» Al salir al jardín y contemplar el cielo, vi aquella estrella fugaz; y en aquel momento fue cuando Johnny, mi hijo, nació.

—Sin duda, fue profético —dijo Malone.

—Más tarde entré apresuradamente en la cocina; eran las cuatro, y le freí al médico un par de codornices y cocí un poco de sémola. Siempre tuve buena mano para freír codornices.

El juez calló un momento y después dijo tímidamente:

—J. T., ¿quieres saber algo misterioso?

Malone observó la expresión de tristeza del rostro del juez y no respondió.

—Aquella Navidad cenamos codornices en vez del acostumbrado pavo. Johnny, mi hijo, había salido a ca-

zar el domingo anterior. ¡Ah, los caminos de la vida... tanto en las cosas pequeñas como en las grandes!

Para consolar al juez, Malone dijo:

—A lo mejor fue un accidente. Quizá Johnny estaba limpiando la escopeta.

—No era su escopeta. Era mi pistola.

—Yo estaba en Sereno aquel domingo. Probablemente fue una depresión fugaz.

—A veces lo creo así...

El juez calló, pues si hubiera pronunciado otra palabra se hubiera echado a llorar. Malone le dio unos golpecitos en el brazo, y el juez, dominándose, continuó:

—A veces creo que lo hizo para fastidiarme.

—¡Oh, no! Desde luego que no, señor. Fue una depresión que nadie pudo haber notado, ni evitado.

—Quizá —dijo el juez—, pero aquel mismo día habíamos discutido.

—¿Y qué importa? Todas las familias discuten.

—Mi hijo trataba de contradecir un axioma.

—¿Axioma? ¿Qué clase de axioma?

—Era sobre algo de poca importancia. El caso de un hombre negro que me veía obligado a condenar.

—Se está culpando a sí mismo inútilmente.

—Estábamos sentados ante la mesa tomando café y coñac francés y fumando puros, las señoras estaban en la sala, y Johnny se iba excitando más y más, y finalmente me gritó algo y se precipitó escaleras arriba. Oímos el disparo momentos después.

—Siempre fue muy impetuoso.

—Estos jóvenes de hoy no quieren consultar a sus mayores. Mi hijo se casó después de un baile. Nos despertó a su madre y a mí y dijo: «Mirabelle y yo estamos casados.» Se habían fugado a ver a un juez de paz, ima-

gínate. Fue un gran golpe para su madre..., aunque más tarde resultó ser una bendición disfrazada.

—Su nieto es la imagen del padre —dijo Malone.

—Su viva imagen. ¿Has visto alguna vez dos chicos tan espléndidos?

—Debe de ser un gran consuelo para usted.

El juez dio una chupada al puro antes de contestar:

—Consuelo, ansiedad: eso es todo lo que me queda.

—¿Estudiará Derecho y entrará en la política?

—¡No! —dijo con violencia el juez—. No quiero que el chico se dedique al ejercicio de la ley o a la política.

—Jester es un chico que podrá hacer carrera en lo que quiera —comentó Malone.

—La muerte —dijo el viejo juez— es la traición más grande. Supón que los médicos creen que tienes una enfermedad mortal. Yo no lo creo. Con todo el debido respeto a la profesión médica, los médicos no saben lo que es la muerte... ¿Quién puede saberlo? Ni siquiera el doctor Tatum. Yo, un hombre viejo, he esperado la muerte durante quince años. Pero la muerte es demasiado astuta. Cuando la aguardas y te encaras con ella de verdad nunca llega. Se te acerca por la espalda. Mata al incauto con tanta frecuencia como mata al que la aguarda. Pero ¿qué, J. T.? ¿Qué le pasó a mi magnífico hijo?

—Fox —preguntó Malone—, ¿cree en la vida eterna?

—Creo en la idea de eternidad que puedo abarcar. Sé que mi hijo vivirá siempre dentro de mí, y mi nieto dentro de él y de mí. Pero ¿qué es la eternidad?

—En la iglesia —dijo Malone— el doctor Watson ha hablado hoy de la salvación como arma de fuego que apunta hacia la muerte.

—Una frase bonita... Me gustaría que fuera mía. Pero no tiene sentido. —Y añadió finalmente—: No, no creo en la eternidad en el sentido religioso. Creo en las cosas que conozco y en los descendientes que dejo atrás. Creo también en mis antepasados. ¿Llamas a eso eternidad?

Súbitamente, Malone preguntó:

—¿Ha visto alguna vez unos ojos azules de negro?

—¿Quieres decir un negro de ojos azules?

—No me refiero a los ojos azules y débiles de los ancianos de color. Me refiero a los azul-gris de un joven negro. Hay uno así en el pueblo, y hoy me ha pegado un susto.

Los ojos del juez parecían burbujas azules y apuró el vaso antes de hablar.

—Ya conozco al negro al que te refieres.

—¿Quién es?

—Sólo un negro que anda por el pueblo y que no me interesa. Se dedica a dar masajes y hace de criado... Aprendiz de todo y oficial de nada. Además canta bastante bien.

—Me lo he encontrado en la callejuela, detrás de la tienda, y me ha dado un buen susto.

—Sherman Pew, ése es el nombre del negro, no ofrece ningún interés. Sin embargo, estoy pensando en tomarlo como criado, a causa de la falta de servicio —comentó el juez con tono enfático que en aquel momento le pareció a Malone fuera de lugar.

—Jamás he visto unos ojos tan extraños —dijo Malone.

—Un potro salvaje de la montaña —dijo el juez—. Algo fue mal entre las sábanas. Lo dejaron abandonado en la iglesia de la Sagrada Ascensión.

Malone presintió que el juez había dejado algo por contar, pero no era su intención hurgar en los múltiples asuntos de un hombre tan importante.

—Jester... Hablando del rey de Roma...

John Jester Clane había entrado en la habitación y estaba de espaldas a la luz del sol que entraba desde la calle. Era un chico menudo y esbelto, de diecisiete años, pelirrojo y con una piel tan blanca que las pecas en su nariz respingona parecían canela esparcida sobre leche. El reflejo encendía su pelo pero su rostro quedaba a la sombra; con la mano se resguardaba de la luz sus ojos, de un vivo color tostado. Llevaba pantalones vaqueros y un jersey a rayas, remangado hasta los delicados codos.

—Abajo, *Tige* —dijo Jester.

El perro era un brindle boxer, el único de su raza en la ciudad. Era un bruto de aspecto tan fiero que a Malone le daba miedo cuando se encontraba con él sin su dueño por la calle.

—He hecho un solo, abuelo —dijo Jester en un tono agudizado por la excitación.

Después, al ver a Malone, añadió cortésmente:

—Hola, ¿cómo se encuentra hoy?

De los débiles ojos del juez saltaron lágrimas de añoranza, de orgullo y de embriaguez.

—¿Has hecho un solo, cariño? Y ¿qué es lo que se siente?

Jester reflexionó durante unos momentos.

—No es lo que me esperaba. Esperaba sentirme solo y un poco orgulloso. Pero me parece que lo único que he hecho ha sido controlar los mandos. Creo... que sólo me he sentido... responsable.

—Figúrate tú, J. T. —dijo el juez—, hace unos meses este joven bribón me anunció por las buenas que es-

taba tomando lecciones de vuelo en el aeropuerto. Había ahorrado dinero y ya lo había dispuesto todo para seguir el curso. Pero ni siquiera me dijo «con permiso de usted». Sencillamente, anunció: «Abuelo, estoy tomando lecciones de vuelo.»

El juez acarició el muslo de Jester.

—¿No es así, ovejita?

El chico apretó una pierna contra otra.

—Es muy sencillo. Todo el mundo debería aprender a volar.

—¿Qué autoridad será la que anima a los jóvenes de estos tiempos a actuar de acuerdo con estos descabellados principios? No era así en nuestros tiempos, J. T. ¿Comprendes por qué tengo tanto miedo?

La voz del juez era lastimera, y Jester, hábilmente, le quitó el vaso y lo escondió en el estante del rincón. Malone lo observó y se sintió ofendido por el juez.

—Es hora de comer, abuelo. El coche está un poco más abajo.

El juez se levantó cuidadosamente valiéndose de su bastón, y el perro se acercó a la puerta.

—Cuando quieras, ovejita.

Una vez en la puerta, se volvió hacia Malone:

—No dejes que los médicos te intimiden, J. T. La muerte es un gran jugador con la manga repleta de trucos. Quizá tú y yo muramos juntos, formando parte del duelo en el entierro de una niña de doce años.

Apretó su mejilla contra la de Malone y traspuso el umbral para salir a la calle.

Malone fue hasta la parte delantera del establecimiento para cerrar la puerta principal, y desde allí oyó la conversación.

—Abuelo, siento tenértelo que decir, pero me gus-

taría que no me llamas ovejita o cariño delante de extraños.

En aquel momento Malone odió a Jester. Le hería el término «extraño», y el calor que había iluminado su espíritu con la presencia del juez se apagó inmediatamente. En los viejos tiempos, la hospitalidad se basaba en el don de hacer que todos, incluso los más vulgares componentes de una fiesta, se sintieran integrados en ella. Pero en estos tiempos el don de la hospitalidad había desaparecido y sólo existía el exclusivismo. Jester sí que era un «extraño», nunca había sido como los chicos de Milan. Era arrogante y a la vez excesivamente educado. Había algo misterioso en el chico y su finura, su inteligencia, parecían peligrosas: era algo así como un cuchillo en una vaina de raso.

El juez no pareció oír sus palabras.

—Pobre J. T. —dijo mientras le abrían la puerta del coche—: quién lo iba a decir.

Malone cerró rápidamente la puerta de delante y volvió al laboratorio.

Estaba solo. Se sentó en la mecedora con el almirez en la mano, que se había vuelto gris y suave con el uso. Lo había comprado junto con los demás utensilios de la farmacia al abrir su establecimiento veinte años atrás. Había pertenecido al señor Greenlove... ¿Cuánto tiempo había pasado sin acordarse de él?... Y a su muerte los herederos habían vendido su propiedad. ¿Cuánto tiempo había trabajado el señor Greenlove con aquel almirez antes que él? ¿Y quién lo habría usado antes? El almirez era viejo, viejo e indestructible. Malone se preguntaba si no sería una reliquia de los tiempos de los indios. Aunque era antiguo, ¿cuánto duraría todavía? La piedra se burlaba de Malone.